

tratados incluidas³ habrían enriquecido la obra —de cualquier modo valiosa— de Gerardo Grossi.

JUAN M. LOPE BLANCH

FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA, *El problema morisco (Desde otras laderas)*. Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1991; 327 pp.

Esta obra abarca cuatro estudios, tres de ellos aparecidos en revistas y actas de congresos, y uno inédito, más un apéndice con el sermón del Patriarca Ribera de 1609, casi todos ellos nacidos de la inquietud de su autor por entender el fenómeno literario de la novela morisca. Fenómeno que no podría explicarse bien sin comprender las causas que motivaron la expulsión de los moriscos, es decir, circunstancias histórico-políticas que han sido vistas siempre a través de miradas falseadoras, nacionalistas y religiosas principalmente, que en nada han contribuido al esclarecimiento de la cuestión. Pero, como afirma Márquez Villanueva, es necesaria una nueva forma de mirar, incómoda sin duda, "hacia nuestro pasado histórico" (p. 12), pero absolutamente indispensable si se quiere lograr una imagen acorde con la realidad.

A ello ayudaría el estudio profundo de lo que Márquez Villanueva denomina la *cripto-historia*, la literatura disfrazadamente disidente, cauce de expresión, al mismo tiempo, de un grupo social privado de voz e incapaz de manejar su destino.

Un ejemplo claro de esta *cripto-historia* sería la obra del morisco granadino Miguel de Luna, y muy en especial, dentro de ella, la *Verdadera historia del rey don Rodrigo*, narración aparentemente mendaz, duramente criticada por Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, entre otros varios.

En el brillante capítulo "La voluntad de leyenda de Miguel de Luna", Márquez Villanueva demuestra que los "errores" de Luna no fueron, en realidad, tales, sino una estrategia para presentar el problema morisco desde otro punto de vista, punto de vista tan válido como el oficial, al mismo nivel de las fábulas goticistas que inclusive gente tan prestigiada como el P. Mariana

³ Sin olvidar las que pueden encontrarse en el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de JUAN COROMINAS (2ª ed. con la colaboración de José A. Pascual) o en el *Diccionario de americanismos* de AUGUSTO MALARET, varias veces editado en Puerto Rico y en la Argentina.

aceptaban sin dubitaciones. Luna, una figura limitada por una cultura muy relativa y por escaso talento poético, estaba dotado, en cambio, de un grande y atrevido ingenio. Así, al escribir su obra, está concediendo todos los privilegios a la leyenda sobre la historia, porque no es ésta la que le interesa. Sus fines radican en establecer un espíritu polémico, en hacer oír la voz del morisco disidente sobre las "verdades" oficiales, en oponerse a los prejuicios que la España de su tiempo aceptaba como hechos incontrovertibles.

Una revisión de la bibliografía referente a la expulsión de los moriscos es, aunque incómoda, necesaria para acercarse con autenticidad a lo que se ha llamado "el problema de España". A ello se dedica Márquez Villanueva en el artículo "El problema historiográfico de los moriscos" (pp. 98-195).

Muy significativa es, en este sentido, la abundancia de autores conocidos como *apologistas de la expulsión*, cuya obra, aparecida en los siglos XVI y XVII poco tiene que ver con un relato objetivo y mucho con una intención de influir en la opinión, lo cual la convierte en un vehículo oficial con un destino evidentemente concreto. La frecuencia de la palabra 'justificación' y derivados en los títulos de sus escritos es una señal transparente de los fines que perseguían.

No fue más abierta la crítica que en el siglo XIX retoma el tema morisco: apoyándose en los apologistas y con Menéndez Pelayo a la cabeza, evade la polémica y acepta la cuestión de manera acomodaticia como una "ley histórica", con lo cual evita durante un tiempo su abordaje y propicia el nacimiento de mitos, que tan bien se han manejado. El mito de la unanimidad hispánica, según el cual los españoles rechazaban a la minoría morisca; el mito de la inasimilabilidad de este pueblo, aceptado universalmente y clave para desentrañar el problema; el mito del espíritu de conspiración de los "infieles", profusamente extendido también. Como nacidos de una política visceral, sin bases de sustento, estos mitos son susceptibles de ser derruidos, tal como hace Márquez Villanueva.

La proliferación de obras, novelescas, sí, pero de primera línea, como *El abencerraje* y *la hermosa Jarifa*, *Ozmín* y *Daraja*, *Las guerras civiles de Granada*, *El Quijote*, y tantas otras, sin olvidar el *Romancero*, muestran lo que Márquez Villanueva denomina "maurofilia literaria", un género que no debe ser clasificado como pintoresquista, sino "como faceta intelectual de un problema histórico y valorarlo dentro de éste" (p. 184).

Aunque el arzobispo de Valencia desde 1585, Juan de Ribera, beatificado en 1796 y canonizado en 1960, ha sido identificado

con la expulsión de los moriscos, la cuestión no es tan simple y sí bastante compleja desde el punto de vista humano, porque ni la idea fue suya, ni menos la ejecución. (Tema del artículo "El *nunc dimittis* del patriarca Ribera", pp. 196-318). Sin embargo, en el memorial de 1582 se muestra abiertamente antimorisco, calificando a este pueblo de hereje, apóstata y traidor a la corona católica. Propone allí dos opciones: el simple destierro o <<largas ejecuciones de justicia>>, sin mencionar en ningún momento una posible consulta a Roma. Pero, bajo esas medidas extremas, pueden percibirse reservas de conciencia, una duda moral sobre las medidas preconizadas.

Posteriormente, en los memoriales de 1601 y 1602, ya en época de Felipe III, puede verse una reflexión más profunda (además de errores históricos), y una conciencia inquieta, que produce una evidente confusión mental. Incapaz el arzobispo de liberarse de los prejuicios que le rodeaban, parece un ser atrapado entre sus propias contradicciones. Nunca esta sensación de trampa se hace más patente que cuando la expulsión es ya un hecho. Llegado el momento, Ribera pronuncia su histórico sermón, que sin duda contribuyó a calmar la inquietud de aquellos días. Sabiendo que el 23 de agosto del mismo año se había opuesto a la expulsión, todo el horror de los hechos debió de caer en ese momento sobre sus hombros. Sus contradicciones se le revelarían entonces con la más cruda realidad. Su postura en el sermón, alabando a los valencianos por ser los primeros en presenciar los acontecimientos, abordando el asunto como político y de orden abstracto, no es sino la expresión de mecanismos de defensa bajo los cuales sepulta sus dudas y sus torturas internas. Su imagen, a partir de ese momento, "puede figurar como la de una gran oportunidad frustrada para el pensamiento moral de occidente" (p. 293).

Obra ésta fuerte, valiente, erudita y necesaria, apuntalada siempre de la manera más sólida por un profuso aparato crítico de primera categoría.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Facultad de Filosofía y Letras.